

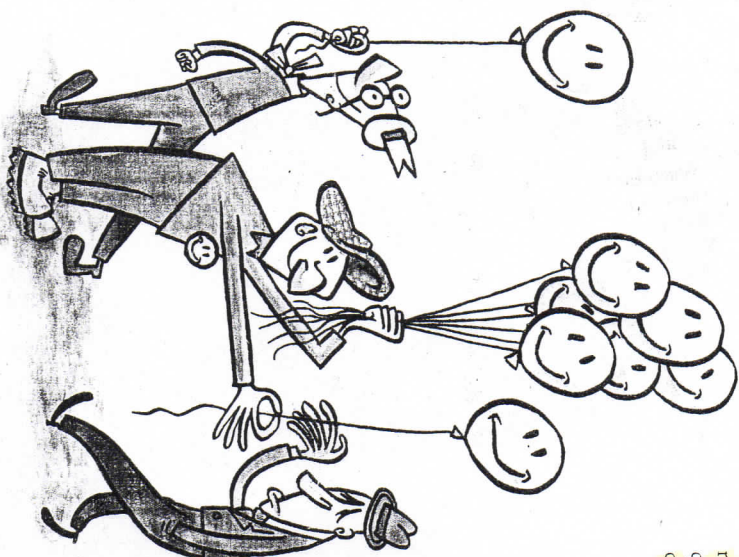
3 Placer para todos: ¡soy utilitarista!

El hedonismo tuvo poca importancia en la Edad Media a causa de la predominancia del cristianismo durante este período, pero reapareció en el Renacimiento. Sin embargo, no fue hasta finales del siglo XVIII que adquirió una nueva forma en el llamado **utilitarismo**. Los utilitaristas también identifican la felicidad con el placer: una acción será buena si es útil para —si produce— la felicidad. La diferencia está en que, para los utilitaristas, la felicidad no puede considerarse de modo individualista, como la entendían los hedonistas. Yo no puedo ser feliz si

estoy rodeado de personas infelices. Por ello, el principio utilitarista básico, formulado por Jeremy Bentham, el fundador de esta corriente, fue: «La mayor felicidad para el mayor número». Una acción será tanto más buena cuanto mayor felicidad produzca para el mayor número posible de personas. Los dos grandes utilitaristas fueron J. Bentham y John Stuart Mill, pero entre ellos hay notables diferencias.

Jeremy Bentham (1748-1832) es el más hedonista. Según él, la naturaleza nos ha dado dos grandes maestros: el *placer* y el *dolor*. Éstos nos muestran lo que es bueno y lo que es malo para nosotros. Es el llamado «principio de interés», que debe regir nuestra conducta. La felicidad consistirá, por tanto, en «maximizar el placer y minimizar el dolor». Para conseguirlo debemos dirigir nuestras acciones según la llamada «aritmética de los placeres»: frente a cada acción, debemos calcular la cantidad de placer que nos proporcionará y restarle la cantidad de dolor que puede provocar; cuanto más positivo sea el resultado, mejor será la acción.

Pero puesto que vivimos en sociedad y el balance, sumando las ventajas y restando los inconvenientes, sale positivo, entonces el cálculo no puede hacerse sólo en relación a nosotros mismos, ya que muchas de nuestras acciones repercuten en los demás, y tenemos que pensar que ellos también buscan el placer. Por tanto, en el cálculo también hay que prever si mi acción provocará placer o dolor en los demás. De ahí que Bentham estuviera muy preocupado por las cuestiones políticas y sociales: la bondad o maldad de una ley (o de una acción) se juzgaba por su utilidad para promover la mayor felicidad para la mayoría. El criterio para juzgar esta utilidad eran sus consecuencias. Si en vez de más felicidad producía más dolor, había que cambiarla.



Para Bentham, lo que importaba era sólo la cantidad de placer, no la clase del mismo. Así, para él, tanto placer podría proporcionar una partida de parchis o una buena comida, como la contemplación de una obra de arte. De este modo, la vida humana no sería muy distinta de la de los animales, cuyo objetivo es solamente obtener el placer mediante la comida, la bebida y el sexo. John Stuart Mill (1806-1873) argumenta que esto sería así si los seres humanos tuvieran las mismas facultades que los animales, pero no es verdad: los humanos tienen otras facultades (como la inteligencia y la voluntad) que, debidamente cultivadas, se satisfacen con placeres superiores. En general, una persona cultivada en música preferirá asistir a un concierto de Mozart que a un banquete cuyo único objetivo sea hartarse. Por tanto, respecto de los placeres, la *calidad* es preferible a la *cantidad*.

También es cierto, y Mill lo reconoce, que cuanto más cultivada sea una persona, si bien puede tener un disfrute mayor, sus sufrimientos también serán mayores, ya que su sensibilidad será mucho más fina: si esta persona causa algún perjuicio a los demás, lo sentirá mucho más que otros, o sufrirá mucho más al contemplar las desgracias ajenas. Sin embargo, afirmará Mill, quien haya desarrollado sus capacidades superiores sabe que: «Más vale ser un hombre insatisfecho que un cerdo satisfecho; es mejor ser Sócrates insatisfecho que un tonto satisfecho». Así, cuanto más educada, cultivada y desarrollada esté una persona, más nobles y elevados serán sus intereses, de tal manera que llegará un momento en que su máximo placer lo hallará en promover el bienestar de los demás.

Por eso, la máxima virtud de la moral utilitarista será el *altruismo*, que consiste en sacrificar el propio placer para el bien de los demás. En realidad, es en esto en lo que el altruista encuentra el máximo placer. La sociedad utilitarista será, pues, aquella que, mediante la educación, tienda a conseguir que «en todos los individuos el impulso directo de mejorar el bien general se convierta en uno de los motivos habituales de la acción».

ACTIVIDADES

1. Define las semejanzas y las diferencias entre el hedonismo y el utilitarismo. ¿Por qué se llama *utilitarismo*?
2. Define las semejanzas y las diferencias entre el utilitarismo de Bentham y el de Stuart Mill.
3. Se ha dicho que la actual sociedad del bienestar es la puesta en práctica de los ideales de los utilitaristas. Describe en qué consiste la «sociedad o el estado del bienestar». ¿Crees que cumple el ideal de «la mayor felicidad para la mayoría»? ¿Crees que Bentham y Mill estarían de acuerdo en el camino que han recorrido sus teorías hasta alcanzar el estado actual? Antes de contestar, lee el texto de Aranguren que figura en las actividades de síntesis (comentario de textos, 4).
4. Recuerda el criterio de «utilidad»: para saber si una acción es buena (procura la máxima felicidad para la mayoría), hay que ver si en la práctica lo consigue. Teniendo muy en cuenta este criterio, analiza y critica la argumentación que han dado diversos utilitaristas para defender la pena de muerte. Según ellos, la pena de muerte es buena, aun a riesgo de ejecutar a inocentes (como en el caso de los anarquistas Sacco y Vanzetti, que 50 años después de haber sido ejecutados se demostró que no habían cometido el crimen). Ya que disuade a muchos posibles criminales y tranquiliza a la población. Aunque esto fuera cierto, ¿estabas de acuerdo con la pena de muerte?